

Los dos tórtolos
Alexandre Postel

colección notraslatitudes

Los dos tórtolos

Alexandre Postel

Traducción de
María Teresa Gallego Urrutia

Nørdicalibros
2018

Título original: *Les deux pigeons*

© Editions Gallimard, 2016

© De la traducción: María Teresa Gallego

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avenida de la Aviación, 24, bajo P- CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: mayo de 2018

ISBN: 978-84-17281-21-2

Depósito Legal: M-10030-2018

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Ah, felices amantes, ¿queréis viajar acaso?
No vayáis a orillas remotas;
un mundo siempre hermoso os seréis mutuamente,
siempre diverso, nuevo siempre.
Sed todo para el otro y del resto olvidaos.*

LA FONTAINE,
«Los dos tórtolos»

Siempre eran evasivos en lo que tenía que ver con las circunstancias de su encuentro; cuando les preguntaban por ese asunto, cruzaban una mirada y cambiaban de conversación.

El padre de Dorothée sospechaba que se habían conocido en internet, en una página web especializada. Él no se andaba con tantos misterios para contar cómo había conocido a su mujer: era azafata y él un viajero de clase Business; el avión sobrevolaba Islandia cuando supo que Patricia iba a ser la madre de sus hijos; todo lo suyo lo encantaba, la hechura y el color del uniforme, el moño, el perfume, el lunar que tenía la joven en la comisura de los labios; y esa misma noche la había invitado al mejor restaurante de Nueva York. ¡Eso era romanticismo! Pero los jóvenes de hoy no sabían ya lo que eran el amor, el compromiso, las responsabilidades: narcisistas y conectados a las redes, cambiaban de pareja como quien cambia de camisa. Por lo demás no le veía ningún futuro a ese emparejamiento de su hija con Théodore. Lo sorprendía que llevaran juntos dos años; su mujer empezaba ya incluso a hablar de boda.

A la exazafata la tenían obsesionada ciertas visiones: su hija con un vestido Imperio de muselina blanca y un ramo de azahar en la mano, una carpa en un jardín, un entoldado, candelabros, peonías rojas y blancas en el centro de las mesas; y camareros que pasaban, vestidos de blanco, con copas de

champán en bandejas de plata. A veces tanteaba a Dorothée y la irritaba tanta desidia: ¿no es de recibo esperar a cumplir los treinta y tres años y a que te salgan arrugas en la frente para casarte! Hay que pescar a un hombre lo antes posible y no soltarlo. «Tú padre y yo —decía— solo nos conocíamos desde hacía tres meses cuando me pidió en matrimonio.»

Cosa que a Dorothée le parecía una razón excelente para no darse prisa.

Tenía la sensación, tras aquellos dos años con Théodore, de que solo estaba empezando a conocerlo, de que apenas si acababan de arrancar las cosas serias, de que la pareja acababa de ponerse *en órbita*. En resumen, aquellos veinticuatro meses que habían transcurrido, con su ración de malentendidos, de andar a tientas, de titubeos, de roces, podían compararse con los miles de millones de años que dicen que separan el nacimiento del universo y la formación de las galaxias, que separan el caos inicial del majestuoso misterio de la rotación de los astros.

Théodore y Dorothée venían, efectivamente, de la confusión primigenia, pero parecían haberla olvidado ya. Y también parecían haberse olvidado de aquel engorroso pasado anterior a su unión, de aquellos rostros que los obsesionaban tiempo atrás en sus noches de insomnio, de aquellos nombres que adoraban tiempo atrás como si fueran talismanes, de aquellas voces cuyo timbre, al teléfono, les daban escalofríos. Porque ambos habían sabido de la tortura de la pasión, de las horas transcurridas imaginando esas declaraciones que nunca te atreverás a pronunciar, esos mensajes que han quedado sin respuesta, esas cartas que lees una y otra vez hasta saberte todas las palabras de memoria, esas rupturas que no has visto venir y esas lágrimas que piensas que van a seguir corriendo, sin perder nunca la amargura, hasta la consumación de los siglos.

Y todo eso que habían creído que no olvidarían nunca, lo iban olvidando despacio, a medida que la pareja que formaban, iba absorbiéndolo todo, borrándolo todo, tiraba de ellos para alejarlos cada vez más de su pasado. Ahora ya no conocían más pasado que el de ellos dos; ¿te acuerdas?, era la temporada en que oíamos a Bob Marley; te acuerdas del día en que te peleaste con el empleado de la inmobiliaria; te acuerdas del día en que vimos al presentador Patrick Poivre d'Avor por la calle; te acuerdas del día en que comimos patatas fritas en la plaza de L'Estrapade. Y aquel pasado les bastaba para saciar todos sus apetitos de reminiscencias.

Aunque por el momento no tenían pensado casarse, al menos sí tenían el deseo de no fracasar en su vida amorosa, pues ambos habían sufrido demasiado con los errores de sus padres. El embrujo que, en el cielo islandés, había unido los destinos de una azafata y un empresario bretón no había tardado en esfumarse. Dorothée le había confiado a Théodore que su padre era «un mujeriego»: si su madre no se largaba era solo porque, como ya no trabajaba y no tenía dinero, le parecía peor marcharse. Soportaba con resignación las canas al aire de su marido que, en las noches en que se peleaban, la llamaba trozo de hielo. Théodore se imaginaba una casa grande y fría, amueblada con gusto, en las inmediaciones de Nantes; a eso de las nueve o las diez de la noche comenzaba una pelea en el comedor, «¿estas son horas de llegar?»; cruzaban insultos y amenazas, sonaba un portazo, se rompían unos platos; mientras tanto, la niña, a la que creían dormida, se comía las uñas, asustada, con su pijama rosa.

Entonces él pensaba que sus propios padres, al separarse cuando tenía menos de un año, a lo mejor le habían ahorrado sufrimientos. Era su padre quien se había ido, al darse

cuenta de que no estaba hecho para la vida de familia, tras haber animado a la madre de Théodore, cuando se había planteado la cuestión, a «quedarse con el niño». Era la única explicación que le había dado a la joven, que había criado sola a su hijo en un piso de dos habitaciones cerca de la puerta de Clichy. Como había estudiado español, malvivía dando algunas clases particulares y probaba a traducir. En los ratos de ocio, cantaba en un coro.

Théodore, de pequeño, la había acompañado los fines de semana a las iglesias donde daban los conciertos y ensayaban: sentado en una silla incómoda, con los oídos hartos de un *Kyrie eleison* o un *Sanctus*, intentaba hacer los deberes a la luz de las velas. Pero la mayor parte de las veces se quedaba con sus abuelos que vivían en Meudon. Allí, veían el programa *Preguntas para un campeón*, iban de paseo al bosque y en la comida de los domingos, después del pollo asado, había flan.

En verano, el niño iba a ver a su padre, que se había afincado en Aveyron tras irse del Ministerio de Educación. Vivía en una antigua casa de guarda junto a la carretera comarcal, a la entrada de un pueblo de ciento cincuenta habitantes. Se hacía su propio pan, se había metido en un negocio de cría de cabras y vendía sus quesos en los mercados. Théodore se pasaba las horas de calor de la tarde en la majada, entre las cabras, como si estuviera ido, con la Game Boy en las manos y arrullado por el balido de los animales y el tintineo de los cascabeles.

Por la noche, en el jardín, tras encender un purito, su padre le inculcaba su filosofía; había que seguir siendo siempre libre, vivir en armonía con la naturaleza, satisfacer la propia creatividad y no consentir que los poderosos lo pisasen a uno. Su vida, tal y como la contaba, parecía una novela; de estudiante, había abierto un restaurante con

unos compañeros; había trabado amistad con un genio de las matemáticas, un individuo que habría podido demostrar el teorema de Fermat, pero que se había suicidado a los veinte años; en la facultad, a veces había llegado a las manos con los fachas de Occident y había tenido relaciones complicadas con los prochinos. Esas palabras, «el teorema de Fermat», «los fachas de Occident» y «los prochinos» le parecían nebulosas a Théodore, pero no se atrevía a pedir aclaraciones, pues en los labios de su padre parecían nombrar realidades tan conocidas y triviales como «mesa» o «cerillas», y se callaba, con el temor de parecerle un estúpido a aquel hombre a quien atribuía una inteligencia superior (¿no se había tratado acaso con genios?).

La habitación en que dormía Théodore estaba llena de libros que había llevado su padre de París o comprado en mercadillos caseros. Muchos libros policíacos de la Série Noire y también obras cuyos títulos enigmáticos le llamaban la atención al niño: *El antiedipo*, *La séptima muerte del Che*, *Los 120 días de Sodoma*, *El agua y los sueños*, *La convivencialidad*, *El hombre unidimensional*, *Crítica de la razón dialéctica*, *La función del orgasmo*, *La sociedad contra el Estado*, *La predominancia del cretino*. Más adelante, ya adolescente, Théodore hojeó algunos y sintió algo así como una desilusión el día en que comprobó que las páginas de *El agua y los sueños* estaban sin cortar.

Lo esperaba una decepción aún más amarga. Le explicaron que su padre tenía «una nueva compañera», que en adelante iba a vivir con él y que era preferible que Théodore pasase el mes de julio en otro sitio. De todas formas, añadió el pastor, ya era hora de que empezase a recorrer el ancho mundo; él, a los dieciséis años, ya había ido solo a Grecia y a Finlandia. Su relación fue haciéndose más distante. Théodore estaba empezando a entender por qué su madre le reprochaba a aquel hombre su egoísmo.

No por ello había dejado de quedársele algo de las lecciones paternas. Cuanto tuvo, al acabar el bachillerato, que orientarse por algún camino, empezó a estudiar Periodismo; y soñaba, hojeando *Le Monde*, con sacar a la luz escándalos y conseguir que cayeran ministros. Pero, al cabo de un semestre, descubrió que el periodismo le ponía trabas a su creatividad: entonces bifurcó hacia la sociología, y luego hacia la antropología, buscando algo que le gustase de verdad. Comenzó un Máster de Comunicación y Tecnología Digital; internet, afirmaban sus profesores, iba a crear un mundo mejor. Pagarse los estudios le había supuesto un problema durante mucho tiempo, pero, tras desempeñar varios trabajos de poca monta, acababa de conseguir un contrato temporal como webmaster a tiempo parcial para la página web de un organismo público.

Dorothee admiraba su mérito y alababa su curiosidad intelectual. Y además la maravillaba su originalidad; porque Théodore decía que estaba en contra de la propiedad y se negaba a examinarse del carnet de conducir; no era como los demás.

La trayectoria de ella había sido menos sinuosa (y Théodore no dejaba nunca, cuando les hacían alguna pregunta, de indicar con un gesto de la mano que Dorothee iba «derecha a la meta», que era una joven decidida, y no como él, que no tenía empacho en admitir —otro gesto de la mano— su tendencia a «mariposear»). Su padre la había animado a que se fuera de Nantes a los dieciocho años y la admitieron, en uno de los liceos prestigiosos de la capital, en el curso preparatorio para ingresar en una Escuela Superior. Se había decidido por la rama literaria. Tras un curso de esfuerzos y angustias, sus profesores estimaron que «estaría más a sus anchas» en la universidad; ¡la echaban! Entonces, mortificada, empezó a estudiar Historia en la Sorbona.

Ahora había hecho oposiciones a profesora de secundaria y daba clases de Historia y Geografía en el liceo Jean-Moulin de Torcy y, al mismo tiempo, estaba preparando, cuando el horario de clases se lo permitía, una tesis doctoral sobre la política económica del jefe de Gobierno socialista Guy Mollet; el tema se lo había indicado su director de investigación. «Está un poco olvidado, pero era una figura muy principal de la IV República», añadía Dorothée, como si se disculpara, cuando le preguntaban por el tema.

Théodore le daba palmaditas en la espalda y la adula-ba, asegurando que aquella tesis iba a marcar un hito. A Dorothée le parecía a veces que tenía más empeño que ella en que rematase aquella empresa, como si delegara en su persona las ambiciones intelectuales que él no había podido satisfacer. Y ella tan pronto le estaba agradecida —porque era agradable sentir que alguien la apoyaba— como notaba una sorda irritación: ¿iba a tener siempre a un hombre detrás velando por sus estudios?

Les entraron ganas de vivir juntos. Sería más ventajoso desde un punto de vista económico que pagar dos alquileres y dos impuestos sobre la vivienda. Y también más práctico: Dorothée, que vivía en un estudio de la Montagne Sainte-Geneviève, quería estar más cerca del RER A¹ para ir al liceo. Y, además, ¿no se suponía ya que vivían juntos? ¿No era eso lo que se esperaba de ellos, lo que ellos mismos querían de forma confusa desde que soñaban con el amor: una vida de dos, una cama grande, un remanso de paz y de ternura, un nido donde podrían descansar de las preocupaciones de la existencia? ¿Un sitio donde la luz fuera más sutil

¹ Red de Expresos Regionales, equivalente de los trenes de cercanías. (*Esta nota y las siguientes son de la traductora*).

que en el exterior, donde la música de los días fuera más alegre y el sueño más profundo?

Lo habían hablado largamente, tendidos en el sofá cama del estudio de Dorothée; en esa habitación de diecisiete metros cuadrados era donde pasaban la mayor parte del tiempo. Théodore, por su parte, vivía en un cuarto de servicio diminuto en la calle de La Roquette. ¿Dónde iban a instalarse?

El trabajo de *webmaster* a tiempo parcial le aportaba a Théodore ochocientos euros mensuales; en cuanto a Dorothée, tenía un sueldo neto de mil setecientos euros. Así que podían pagar un alquiler de alrededor de ochocientos euros. Querían vivir, por lo menos, en un piso de treinta y cinco metros cuadrados. Un agente inmobiliario del Barrio Latino los puso en antecedentes de que esa cantidad «resultaba un poco justa para la zona»; pero disponía, por ese precio, de un estudio precioso con vistas al Panthéon, veinticinco metros cuadrados, «bueno, dieciocho de superficie habitable». ¿Querían ir a verlo?

La madre de Théodore les aconsejaba que buscasen por el extrarradio, donde, afirmaba, encontrarían algo amplio: había que tenerlo en cuenta porque a lo mejor un día «crecía la familia». Pero Théodore, acordándose de los domingos en Meudon, no lo tenía muy claro. Dorothée fue más categórica: no se había ido a París para enterrarse en el extrarradio. Por más que le explicaban que había muy poca diferencia, se negaba a irse de París, ciudad por la que había dado de lado la tranquilidad y la comodidad de la vida en Nantes. ¡Había que ser parisino para no entenderlo, para recomendar, tan tranquilo y con la sonrisa en los labios, una mudanza a Châtillon, Courbevoie o Genevilliers!

Se pasaron dos meses recorriendo las agencias inmobiliarias y explorando diferentes páginas web, entre otras la

de *De particular a particular*; fueron a ver unos quince pisos y llamaron quizá cien veces por teléfono. Pero los caseiros tan pronto torcían el gesto al ver la nómina de Théodore como, con desvergüenza, les enseñaban la vivienda, alabando las excelencias de las cañerías de una auténtica pocilga; otras veces, muy animados por un anuncio más prometededor que el término medio, llegaban temprano, bien vestidos, bien peinados, decididos a usar su encanto personal, y se encontraban al pie del edificio con unos veinte contrincantes que hacían cola en la acera. Algunos parecían de más edad, otros más acaudalados, otros más decididos. Y se volvían por donde habían venido, asqueados por tener que competir, agobiados por tener que pelear con sus semejantes para encontrar alojamiento.

Entre tanto, los precios no dejaban de subir. Supieron por boca de un agente inmobiliario que había habido un aumento del 4% en relación con el primer trimestre del año anterior. Dorothée hablaba de renunciar, de quedarse en los diecisiete metros cuadrados que ya tenía. A fin de cuentas, los japoneses consiguen vivir en espacios exigüos, bastaba con adaptarse: comprarían muebles que se metieran unos dentro de otros, pufs con cajones integrados, una cocina escondida en un armario empotrado. Théodore soñaba con una cama plegable metida en la pared y que, una vez abierta, dejase hueco para un armario.

Puesto al tanto de la situación, el padre de Dorothée se ofreció a ingresar todos los meses cuatrocientos euros en la cuenta de su hija. Con aquello crecían sus esperanzas. Théodore pensó que debía protestar, pero la decisión no estaba ya en su mano. Reanudaron la búsqueda, enardecidos. Quince días después encontraron lo que buscaban: en la calle de Docteur-Goujon, distrito XII, a dos pasos de la plaza de Daumesnil, un piso de treinta y nueve metros cuadrados

recién reformado, al fondo de un patio donde crecía un fresno, en la tercera planta. Supieron, nada más cruzar el umbral, que esa iba a ser su casa. El suelo era de tarima, ¡de tarima de verdad! Ese detalle los encantaba, hasta aquel momento solo habían tenido baldosas y linóleo. Firmaron el contrato el 1 de abril de 2005; se fueron a vivir allí al día siguiente.

No habían querido contratar una casa de mudanzas, a un tiempo para que les saliera más barato y también porque a Théodore le parecía indigno dar órdenes a personas que tenían que vender su fuerza. Así que hicieron personalmente el traslado. Como no tenían carnet de conducir ninguno de los dos, Théodore reclutó a su madre (¿era menos indigno? Ni se le ocurrió planteárselo). Esta aceptó de buen grado; pero cuando vio el piso, decretó que era demasiado oscuro, demasiado pequeño, demasiado caro para ser el piso que era; la habitacioncita de la calle de La Roquette, añadió, tenía mucho más encanto. A Théodore se le empañó la alegría. Estaba rabioso con su madre, sin dejar por ello de preguntarse si no tendría razón. Por un momento, vio el piso con los ojos de otra persona: había poca luz, la vista era triste, la tarima estaba en mal estado.

¿Ahí iba a vivir? ¿Se habría equivocado? Se le ahondaba un abismo en la conciencia: ¿de verdad era eso lo que quería, irse a vivir con una chica, acomodarse como un burgués? ¿No tenía otros sueños, irse a América del Sur, alistarse en la Marina? ¿No iba a conocer nunca a iraníes de ojos verdes y mexicanas que, después del amor, le acariciarían el torso llamándolo papito?

Como el agente inmobiliario les había especificado que los anteriores inquilinos eran una pareja joven, Théodore dedujo espontáneamente que se habían separado. ¿Por qué, de entre todas las explicaciones posibles, dar preferencia a

esta y no a la hipótesis de un cambio, una herencia o un embarazo, sino porque aquella mudanza le daba miedo?

Le temblaban las piernas, tuvo que apoyar la espalda en el marco de la puerta. Entonces oyó en las escaleras los pasos de Dorothée; llevaba una caja de libros; la vio llegar sin resuello, sonriente, con los ojos animados y un mechón pegado a la frente, nunca le había parecido tan guapa y tan feliz. Théodore volvía a respirar. Ella no tenía dudas. En adelante lo que contaba era la opinión de Dorothée y no la de la anciana madre de Théodore; y estaba encantado de la vida por haber dejado a una, como quien dice, para irse con la otra.

Creyó intuir entonces lo que sentía su madre: un sentimiento de abandono, de frustración, de impotencia; y le entraron ganas de abrazar a ambas mujeres con un ademán viril y dulce. Pero todavía quedaban cajas por subir.

La parte esencial de los muebles salía de sus anteriores domicilios. Solo faltaba una cama, una cama de verdad, porque hasta el momento los dos habían recurrido, en los espacios reducidos donde se alojaban, a los resortes de los sofás cama «clic-clac» y «BZ». Al enterarse de que su hijo se iba a vivir con una joven, el padre de Théodore se ofreció a fabricar con sus propias manos una cama para la pareja, pues, aseguraba, había adquirido competencias en temas de ebanistería. Citó a Ulises y a Penélope y la cama que el héroe había fabricado con un tocón de olivo en su palacio de Ítaca: «¡El secreto de una pareja duradera es una cama hecha en casa!». A ellos les parecía un detalle conmovedor, pero un tanto peculiar; por lo demás, Dorothée albergaba dudas en cuanto a la calidad de la fabricación. ¿Por no mencionar las complicaciones de trasladar la cama desde Aveyron! ¿Cabría el bastidor por las escaleras? Era una buena idea que no lo era.

Se recorrieron, en los grandes almacenes, las secciones de colchones. Allí les prometían noches más hermosas que el sol bello, una pericia cosida a mano, un sueño que respetaba el medio ambiente. Les enseñaron a distinguir los colchones firmes de los envolventes y les inculcaron desprecio por los colchones mullidos; porque cuanto más cómodo parece un colchón, más peligroso resulta. Estuvieron mucho rato hablándoles de los muelles ensacados, que le evitan a la columna vertebral torsiones abominables y le garantizan tranquilidad al durmiente, pues los movimientos del acompañante se vuelven entonces completamente imperceptibles. Los obligaron a tenderse en un modelo de exposición para que probasen aquel prodigio. Salieron luego a relucir los colchones de doble cara: el vendedor, que les dijo en confianza que era «una persona muy térmica», dormía mucho mejor en las noches caniculares del mes de agosto desde que le daba la vuelta al colchón y dejaba arriba la cara de verano.

Llegaron a la cuestión del precio. Un conjunto de calidad no bajaba de los mil quinientos euros por lo menos. Agacharon la cabeza, abrumados. Dorothée se indignó: valía más dormir en una tabla con clavos, igual que los faquires, ¡era igual de cómodo y salía más barato! Seguirían con el clic-clac viejo y punto. Théodore tenía más dudas, porque era de sueño frágil y temía el insomnio. El colchón de doble cara, sobre todo, lo tenía obsesionado: se preguntaba si no sería él también una persona térmica. Así que decidió en secreto —quería darle una sorpresa a Dorothée— meterle mano a la cuenta de ahorro que abastecían sus abuelos en todos sus cumpleaños desde que tenía diez años.

Llevaron la cama diez días después, cuando estaban ordenando los libros en la estantería. Dorothée pareció satisfecha, aunque no tanto como había esperado Théodore,

que contaba con hacerle a aquel lecho conyugal una fastuosa ceremonia de inauguración. Por la mañana, al despertarse, Dorothée aseguró que había dormido mal: los muelles ensacados no habían amortizado ni poco ni mucho los movimientos de Théodore y había pasado calor; ¿no habrían dormido por casualidad en la cara de invierno? Théodore le aseguró que la cama era estupenda. En su opinión, Dorothée no estaba acostumbrada aún a la forma del dormitorio. Con tantos recovecos, en la habitación había algo raro, enrevesado, que cansaba la vista. Dorothée no contestó nada. Estuvo taciturna toda la mañana.

No le gustaban las sorpresas, y en particular las que proceden de los hombres. En tales casos, sentía que la trataban como a una niña y la ponían en la obligación de dar palmadas y arrojarse en los brazos del benefactor. ¿Querrían todos en el fondo lo mismo: una muñequita que los reafirmara, de sol a sol, en la sensación de su poderío? Buscaba justificaciones, intentaba convencerse de que Théodore no tenía mala intención, que era diferente. Pero seguía intranquila; se acordaba de su madre, a la que se encontraba a veces, al volver del colegio, acostada, con los ojos encarnados y una caja de clínex encima del edredón; se sentaba en el suelo junto a la cama y su madre, mientras le acariciaba la cabeza, le hablaba de lo infames que eran los hombres.

Fue a reunirse con Théodore en la habitación. Estaba echado de espaldas, con los párpados entornados, las manos juntas encima del vientre y las piernas cruzadas. Un rayo del sol de la tarde le daba en los pies; en la punta del calcetín derecho, la trama desgastada del tejido permitía ver a medias la blancura del dedo. Le flotaba en los labios una sonrisa a medias; tenía el cutis un poco más encarnado de lo habitual; a Dorothée le parecía que estaba viendo el niño pequeño que había sido antes y el anciano que sería. Se

tendió con la mayor suavidad de que fue capaz a su lado, le puso la cabeza en el hombro y dejó que la invadiera el sueño. Théodore había puesto la mano en la suya.

Tres cuartos de hora después se despertaron sobresaltados; tenían que ir a la compra, porque aquella noche iban visitas, unos cuantos amigos que venían a celebrar el estreno del piso.

Todos ellos, como es costumbre, trajeron un obsequio. Les regalaron un molde para bizcocho de silicona; un disco de *jazz*; un reloj de pared con la bandera de la Union Jack; una figurita que representaba al dios Ganesha, comprada en un viaje a la India; un surtido de especias; dos orquídeas en tiesto compradas en la misma floristería de la avenida de Daumesnil; una vela con aroma a fuego de leña, «a falta de poder encender en casa un fuego de verdad»; un juego de cuatro letras de madera sin desbatar, todas ellas de una altura de veinte centímetros, que se podían colgar de la pared para escribir la palabra *home*; una botella de Graves; una breve novela titulada *Las cosas*, que no habían leído, pero que Théodore recordaba haber visto en la biblioteca de su padre; y, finalmente, una fuente de interior *feng shui* que representaba dos manos unidas entre las que el agua hacía girar una bola de cristal equipada con un diodo electroluminiscente, de forma tal que la bola, al girar, lanzaba resplandores verdes y azules, mientras el agua, fluyendo despacio entre los dedos, caía en un tazón donde se ocultaba una bomba que garantizaba la circulación permanente del caudal de agua, símbolo de salud, de amor y de prosperidad. Pero aquella fuente tenía que estar orientada al norte, porque, si no, la energía positiva podía invertirse. ¿Dónde caía el norte? Algunos señalaban la ventana y otros la estantería de los libros. Aprovecharon para enseñarles la casa.

El pasillo de entrada, cuya pared derecha cubrían, cuan larga era, unas estanterías poco hondas, llevaba, a la izquierda, a una cocina larga y muy estrecha —a las amistades les extrañó que pudieran caber dos personas juntas— y terminaba, luego, en el salón. Con un velador y una lámpara de pie a ambos lados, el clic-clac de Dorothée que hacía ahora las veces de sofá, ocupaba una pared entera; el asiento de goma espuma tenía una funda de algodón de color topo que entonaba con la pantalla verde anís de la lámpara; dos almohadones, verdes también, completaban el conjunto. La mirada se iba hacia las patas del mueble, de un negro brillante de policloruro de vinilo, y se desviaba luego al centro de la habitación, a una mesa grande y baja de diseño *vintage*, cuyo tablero, ovalado y pintado de laca blanca, cegaba. Había encima unas cazuelitas con aceitunas, patatas fritas y pistachos, y también un cenicero y un mando a distancia, porque el televisor de pantalla plana estaba exactamente delante, en la prolongación del eje que formaban el sofá y la mesa baja. Tenía para él solo una de las divisiones de un mueble de *wengué* de imitación, muy alto y muy hondo, que era en parte aparador, en parte platero y en parte biblioteca, en cuyas entrañas se guardaban discos, DVD, archivadores, apuntes, adornitos, libros y también alrededor de cien números de la revista *Histoire*; allí era probablemente donde colocarían la fuente, junto a la lámpara de lava donde subían y bajaban burbujas de cera roja. Finalmente, delante de la ventana, bajo una lámpara «origami» colgada del techo, una mesa extensible con tablero de cristal templado: comían en ella, porque la cocina era demasiado pequeña; también la usaría Théodore para trabajar. Las paredes estaban vacías con la excepción de un cartel de la película *In the Mood for Love* y de una reproducción enmarcada de un cuadro de Nicolas de Staël. A todos les pareció una habitación

encantadora, aunque se alzó una voz para decir que faltaba una alfombra. Y otro insistió: una alfombra blanca, piel de oso de imitación, debajo de la mesa baja. ¡Sería perfecto! Y, entre risas, pasaron al dormitorio.

Estaba someramente amueblado: una cómoda, dos mesillas iguales a ambos lados de la cama, dos apliques, dos sillas; encima de la cabecera, una foto grande en blanco y negro, una vista de Nueva York. Un amplio armario empotrado ocupaba una pared entera. Tenía espejos en las puertas, de forma tal que la cama se reflejaba en toda su anchura. lo que una amiga de Dorothée opinó que era «afrodisiaco». Théodore, apurado, hizo que se fijaran en la forma enrevesada de la habitación, que formaba algo así como un hexágono. «¡Parece un ataúd!», comentó Julien, un amigo del liceo. Un entrante, acondicionado como despacho, formaba una prolongación del dormitorio; ahí trabajaría Dorothée. «¡Si un buen día crece la familia, servirá para ponerle un cuarto al niño!». El agente inmobiliario ya les había comentado lo mismo, y también la madre de Théodore.

Antoine Giesswein preguntó dónde estaba el baño. Théodore le indicó por dónde se iba. Al salir, Antoine Giesswein le proporcionó la información de que los focos del techo estaban mal: parpadeaban. Théodore se enfurruñó. Ya se habían percatado del problema nada más llegar a la casa, pero no sabían cómo resolverlo. Por mucho que cambiaban las bombillas, la luz seguía temblando; a lo mejor es que hacían mal el contacto. Había que llamar a un electricista. Antoine Giesswein conocía a uno, eficaz y que no era caro.

—Voy a darte los datos.

Giesswein había sido condiscípulo de Dorothée; habían coincidido en el curso preparatorio, y, como había dos Antoine en la clase, Dorothée, por costumbre, cuando hablaba de él nunca decía solo el nombre, sino siempre

nombre y apellido, Antoine Giesswein, cosa que le otorgaba algo particular, un aura, como si hubiera entrado ya en el diccionario. Por lo demás, estaba en camino de hacerlo: tras aprobar el ingreso en la Escuela Normal Superior, se fue una temporada a estudiar a una universidad norteamericana y, luego, tras regresar a París para cursar Ciencias Políticas, acababan de admitirlo en la ENA.² A Théodore, cuyo padre no sentía sino desprecio por los «enarcas» (porque más vale una cabeza bien hecha que una cabeza bien llena), lo fastidiaba la reverencia que le mostraba Do-rothée. Hablaba de él como de una mente brillante y estaba orgullosa de que se tratasen; al enterarse de que iba a ir a la inauguración, se empeñó en comprar champán. Tan-ta consideración irritaba a Théodore. No le veía nada notable al individuo aquel, a no ser el hecho de que con las gafas de concha y la chaqueta gris de espiguilla aparentaba el doble de la edad que tenía.

Antoine Giesswein apartó los ojos del móvil: por fin había dado con el nombre del electricista. «¡Y que conste que no es un electricista polaco!»—dijo, dirigiéndose a todos los presentes.

Hablaron entonces del referéndum.³ Théodore iba a votar que no. La mayoría de sus amigos también; uno de ellos, Manu, se metió con el tratado constitucional, que equivalía a grabar en mármol los principios de la ideología liberal. ¡Votar que sí era dar el visto bueno al desmantelamiento del derecho social, abrir la puerta a una competencia desenfrenada, destruirlo todo en el altar del mercado! ¿Para llegar a ese desastre se había construido Europa?

² Escuela Nacional de Administración, donde se forman los futuros miembros del alto funcionariado, a los que suele llamarse «enarcas».

³ Se refiere al referéndum para una Constitución europea, que tuvo lugar el 29 de mayo de 2005 y cuyo resultado fue «no».

Antoine Giesswein movía el índice repitiendo: «¡No hay un plan B! ¡No hay un plan B!». Y argumentaba a favor del sí, aunque el tratado constitucional fuera, y en eso estaba de acuerdo, «un reparto aproximativo, un compromiso»; pero ¿querían más Europa o menos Europa? ¿Había quien prefiriera quedarse en el espantoso Tratado de Niza?

Nadie sabía qué era el tratado de Niza.

Y, al citar Manu, para defender su opinión, una frase de Laurent Fabius que propugnaba el «no», Antoine Giesswein soltó una risa sarcástica: Fabius estaba jugando con fuego, intentaba colocarse pensando en 2007 y bailarles el agua a las bases dando de lado a la dirección del partido, unos cálculos indignos de un hombre de Estado. Pero se iba a enterar, ya le pasarían factura en cuanto se hiciera el referéndum.

Manu se asfixiaba: «bailarles el agua a las bases», vaya reproche curioso, y ¡qué revelador del desprecio que sentía el Partido Socialista por los obreros, los empleados y las clases populares!

Antoine Giesswein adoptó la sonrisa cortés de un hombre de mundo que se da cuenta de que se ha metido por equivocación en un sitio poco recomendable y expuso, con calma, unos cuantos atisbos del porvenir del partido; el primer secretario era un farsante, se habían acabado los peces gordos..., en resumen, había llegado el momento de hacer un *Bad Godesberg* —«o un *aggiornamento*, si os gusta más», añadió, creyendo que así disipaba la perplejidad que intuía en sus interlocutores— y, para eso, el mejor candidato era Strauss-Kahn.

Hablaba como alguien familiarizado con los engranajes del partido. «Redacta notas para Moscoviçi», susurró Dorothée en un aparte.

La conversación se iba quedando estancada.

Lo auténticamente importante, intervino Julien con sonrisa maliciosa, lo crucial para el porvenir de la humanidad era saber quién iba a ser el sucesor de Juan Pablo II. Hubo unas cuantas risas. Pero una amiga de Dorothée, oriunda de Nantes también, se tomaba la cosa en serio. ¡Tenía la esperanza de que el siguiente papa despertase a la Iglesia y paseara por el mundo una palabra de esperanza, como había hecho Juan Pablo II al principio de su pontificado, y que fuera un africano, un muchacho, un deportista, un bailarín!

Se expresaba con una mezcla de atrevimiento y de timidez, brillándole los ojos, ruborizándose, recogándose a intervalos regulares un mechón de pelo rubio. Llevaba aquella noche un vestido fucsia por encima de la rodilla, y las pantorrillas, finas y largas, atraían la mirada.

Julien le preguntó a Théodore si esa chica estaba con alguien.

—¿Adèle? Sigue con el mismo tío desde el último curso de bachillerato. Pero tú... con Myriam... ¿habéis acabado?

Su amigo contestó que sí por señas mientras tomaba un trago de cerveza.

La última vez que había mencionado a Myriam, Julien había indicado que era «una chica muy inteligente». Théodore había vivido lo suficiente para saber que aquel comentario no presagiaba un porvenir dichoso.

Estaban ya lejanos los tiempos en que Théodore habría estado en condiciones de dar una definición de Dorothée; y aún más lejana la época en que se le hubiera ocurrido hacerlo en presencia de un amigo. Seguramente había intentado colocarle un rosario de adjetivos, había debido de decirle a Julien, o a Manu, o quizá a su madre, que había conocido a una chica «sensible», «seria», «maja», «inteligente»; a lo mejor había cometido la ingenuidad de calificarla como «misteriosa». Pero si tal cosa había sucedido, no se acordaba

de nada: todas aquellas conversaciones, cuyos interlocutores seguramente recordaban muy bien, se le habían olvidado. De la misma forma que había perdido ya hacía mucho la curiosidad de leer, en las tiendas de recuerdos turísticos, esas hojitas donde se define en unas cuantas líneas el carácter de un nombre. Dorothee, ahora, era Dorothee. Y aquella esencia infinita y que no admitía calificativos la veía por todas partes, a veces incluso donde no esperaba encontrarla, igual que un teólogo que reconoce en todas las parcelas de la Creación, la huella de Dios: en la forma que tenía de revolver el café, de enroscarse un mechón en el dedo índice mientras leía un libro, de escribir con pluma estilográfica (aplicada, concentrada, hubiérase dicho que era la eterna primera de la clase que repasaba una y otra vez el mismo examen de Historia), en la nota aguda de un estornudo, en las hebras largas de pelo que dejaba en el lavabo del cuarto de baño, en todos los ruiditos que hacía dormida y son como la música de cámara del sueño y, para terminar, en las diferentes perspectivas del rostro que a veces recordaba, con aquella naricita recta, aquella frente estrecha, aquella mirada oscura y aquellas saludables mejillas del mismo color ladrillo de los baldosines de una casa meridional, a una de esas campesinas de fisonomía dulce y tozuda que habrían podido pintar Renoir o Gauguin, y recordaba otras veces, con aquellos rasgos regulares y aquellos labios que dejaban asomar unos dientes grandes y blancos, a algunas estrellas de cine de la década de 1980; y, otras más, cuando la reflexión le fruncía el entrecejo y le encendía la mirada, a la antigua divinidad tutelar del pensamiento y la astucia; o, cuando destacaba el contraste entre los ojos negros, la frente pálida y los pómulos encarnados, a una princesa española del Siglo de Oro cuya cara habían modelado el orgullo y el desdén.

Volvió los ojos hacia ella. De pie, en el pasillo, apartada de los demás, charlaba con una compañera de su liceo, una profesora en prácticas de origen vietnamita, que estaba un poco aislada y a quien había invitado a cenar. Como Dorothee era más alta, agachaba la cabeza y sonreía mientras escuchaba lo que le decía su compañera. A Théodore se le presentó el recuerdo de una visión semejante; había música y risas; Dorothee tenía un vaso en la mano. ¿Dónde era? ¿En qué época? ¿En qué fiesta?

Cuando se fue todo el mundo, oyeron, en el silencio de la noche, que los vecinos de abajo se estaban peleando: voces repentinas, portazos, una mujer que gritaba que ya no podía más.

Al día siguiente hubo que limpiar. El clic-clac se había manchado; frotaron la mancha por turnos con insistencia con la esperanza de que desapareciera. Para ver mejor, armaron el mueble a la ventana: unas pelusas corrieron por la tarima. Théodore se ofreció a pasar el aspirador. Y mientras iba de una habitación a otra con unos auriculares blancos metidos en las orejas y unos vaqueros de cintura baja que se volvía a colocar en su sitio a intervalos regulares, Dorothee, de rodillas, fregaba el suelo del baño bajo la luz temblequeante de los focos. Al terminar y levantar la cabeza, se fijó en que en la rendija entre dos azulejos de la ducha había un moho incipiente.

Suspiró. Apenas si llevaban quince días allí y la suciedad ya estaba tomando posesión del lugar. ¿No era acaso posible vivir en un mundo sin polvo ni mohos? ¿Es que ellos no se merecían un estuche más puro? ¿Era pedir demasiado? La agobiaba un gran desánimo. Fue a echarse en la cama y se sumió en sombríos pensamientos. El polvo estaba en todas partes y siempre volvía, como la enfermedad, como la muerte; y ni el amor, ni la riqueza, ni nada de nada

podían cambiar aquello. ¿Para qué luchar, esforzarse, creerse muy listo? Pasar el aspirador, corregir exámenes, pagar impuestos, organizar fiestas, investigar sobre Guy Mollet, ¡qué ridiculez! Con los ojos clavados en el techo de la habitación, se acordaba de que uno de los invitados había comparado la forma del dormitorio con un ataúd: ¡qué razón tenía! Se acordó del entierro de su abuela, hacía cinco años, en Nantes: el cuerpo sin vida en la cámara mortuoria —era la primera vez que veía un cadáver—, el trayecto en coche detrás de la carroza fúnebre hasta la iglesia; el sacerdote, que en la homilía se equivocó de nombre; y, después de la ceremonia, esos ancianos que vienen a darte un beso; los pastelitos tibios; una de sus tías, desconsolada.

Por encima del zumbido del aspirador le llegaba la voz de Théodore, lejana, insistente: «¿Qué se come? ¿Me oyes? ¿Qué se come?».